

# LA EFÍMERA ETERNIDAD DE LO EFÍMERO<sup>1</sup>

## Comentario a un libro de Juan Arana

Francisco Rodríguez Valls. Universidad de Sevilla

El profesor Juan Arana, catedrático de Filosofía de la Universidad de Sevilla e investigador de reconocido prestigio, ha regalado al panorama intelectual de habla hispana un inestimable material de reflexión con su segundo libro sobre el pensamiento de Borges. Y lo ha hecho, además, con una prosa clara y brillante en la que se unen la precisión conceptual con el gusto por la palabra bien dicha.

Su primer libro sobre el escritor argentino, *El centro del laberinto. Los motivos filosóficos en la obra de Borges* (Pamplona. Eunsa, 1994), fue muy bien acogido por la crítica ya que se carecía en el mercado cultural de una obra donde se emprendiera una sistematización –siquiera breve– de la filosofía oculta, aunque tantas veces no tan escondida, en la literatura del bonaerense y en las cosmopolitas fuentes de su escritura.

Este nuevo libro abunda en ese propósito y, aunque sea una colección de ensayos que el autor ha publicado con motivos de diversos congresos, conferencias y compilaciones de artículos, posee una gran unidad interna porque el fondo sobre el que tratan todos los escritos que lo componen tiene un mismo motivo: el paradójico querer de un genio de la pluma de salirse del tiempo y fundar una eternidad que no quiere estar refñida con el instante. Cómo sea posible algo así, si es que acaso lo es, lo trataremos siquiera brevemente en su momento.

Esa paradoja, que está presente con claridad en algunos de los títulos de los capítulos, viene ya reseñada por el mismo prólogo del libro (págs. 15-17), realizado por el profesor Arturo Echavarría de la Universidad Nacional de Puerto Rico, y en el que se presentan de manera breve las cuestiones que voy a intentar exponer aquí de una forma más extensa aunque procurando siempre que la discusión no esté refñida con la concisión.

En «El compromiso del escritor» (págs. 27-42), Arana trata de averiguar con qué se sintió comprometido Borges en cuanto literato. A pesar de las críticas a las que Borges se ha visto sometido por su aparente falta de ligazón a ciertas ideologías políticas y económicas, Arana está convencido de que tuvo por fuerza que ser un escritor comprometido puesto que no era ni un cobarde, ni un abúllico, ni un haragán, como demostró con claridad durante toda su vida. Con total seguridad, arguye y demuestra el autor, el único compromiso de Borges fue con la literatura y su principal reivindicación era la de negar cualquier tipo de hipoteca, sea cual sea ésta, para la actividad creativa. Lo que no puede un hombre, a juicio de Borges, es condicionar su literatura a un logro social puesto que

---

<sup>1</sup> Juan Arana, *La eternidad de lo efímero. Ensayos sobre Jorge Luis Borges*. Ed. Biblioteca Nueva. Madrid, 2000. 160 páginas. Rústica. 21 x 14.

la finalidad de ambas actividades es a todas luces diferente. Por supuesto que no se trata de no escribir sobre nada en concreto o caer en el puro esteticismo sino de separarse de lo coyuntural y circunstancial, como dice Arana, de «destilar lo que de eterno y definitivo hay en esos afanes cotidianos» (pág. 34). El compromiso con la literatura no niega sino que supera los demás compromisos. La tarea del escritor es hacer crecer el lenguaje y para ello debe luchar contra su rigidez y, en resumidas cuentas, debe empeñarse por crear, por hacer aparecer lo nuevo. Lo nuevo que quizás nunca escribirá pero que persigue como lo único que puede justificar su existencia.

El segundo capítulo se titula «La superación de la modernidad» (págs. 43-59). En Borges esa superación no pretende cristalizarse en otra época temporal tan efímera como la modernidad misma sino que pretende superarse al margen de la historia. Borges, como los grandes autores, ha suscitado polémica: ¿es un continuador de las últimas bocanadas de una modernidad moribunda?, ¿es un precursor de la tan traída y llevada postmodernidad? Pero es difícil, si no imposible, dar una respuesta cabal a esas preguntas puesto que Borges es un partidario de una utopía y de una ucronía especiales ya que su pretensión no es la de salirse de un tiempo y de un espacio pasajeros para caer en otros tan triviales como los anteriores. El esfuerzo de la literatura consiste, precisamente, en acercarse a la eternidad y, por ello, en salirse del torrente aburrido del eterno fluir que, por ser tal, no va a ninguna parte. La pregunta, entonces, es si al escritor le queda otro lugar para vivir más que el mundo de las ideas eternas y, aún más, si realmente ese mundo es una buena y acogedora morada. Quizás por intentar salirse del tiempo Borges critica la idea de progreso, la de causalidad, la razón misma y el yo que están tan ligados desde la modernidad con los otros dos. Por eso, a nuestro autor, se le ha intentado alistar bajo la bandera de las huestes que proclaman la postmodernidad. Borges rechaza esta afiliación puesto que repudia todo «-ismo» y lo que desea es abolir las épocas y rechazar a aquellos que se adscriben a alguna. Posiblemente los postmodernos abominen de ese «gran relato» borgiano que consiste en convertir el discurrir humano en átomos de eternidad.

En el capítulo tercero, «La escritura como destino» (págs. 61-81), se tratan de establecer las relaciones entre ética y estética tomando como punto de apoyo los ensayos del tomo cuarto de las *Obras Completas* de Borges. Lo primero que destaca Arana es que la actividad literaria no es un aspecto tangencial de la vida humana. No sólo eso, sino que puede ser actividad que dé sentido y que justifique la existencia entera. Eso se ve en que la literatura tiene la capacidad de crear infinitos mensajes y de interpretar infinitamente un mensaje en apariencia único. La literatura no es sólo la palabra escrita, es también la producción por parte del autor y la reproducción por parte del lector. De esa forma la obra literaria se convierte en un enigma que aleja a Borges de una concepción meramente objetivista de la creación artística. Sintetizando su posición afirma Arana: «la obra literaria es de algún modo infinita, pero no por su contenido intrínseco, como acabamos de comprobar, sino por el inagotable caudal de significado que le presta el usuario» (pág. 68). Hay un dato importante en este enigma y es que el arte no se ve mensurado por la realidad, no tiene que ajustarse a ella, ya que es capaz de descubrir nuevos mundos de significaciones y de tratar con lo posible y con lo imposible. En este punto Borges se esfuerza por alejar de su visión una imagen esteticista del arte para

profundizar en un concepto de realidad a la que sólo el arte puede llegar y a la misión que el arte tiene de descubrir la verdad por sus medios. En ese sentido, el arte es compañero de fatigas del filósofo y le ayuda en tanto que le puede mostrar aspectos de la realidad que van más allá de la apariencia sensible. Y es que el arte, en eso se parece a la ética, es capaz de construir verdades. Y verdades que, por ser tales, no son de aquel que las ha escrito sino que pertenecen a toda la humanidad porque, en el fondo, todos somos la mano que las ha trazado.

El capítulo cuarto, «Primeras inquietudes filosóficas» (págs. 83-113), trata los escritos de Borges en la década de 1920 a 1930. En Borges se hallan todos los ingredientes biográficos para un cosmopolitismo abierto y configurador del espíritu y en él se descubre una opción por la totalidad, por la necesidad de buscar en todos los caminos recorridos por el hombre para encontrar luces que alumbren la existencia. La lucha contra el yo que emprendió como ultraísta, la denuncia del estatismo como forma de superar el tiempo que se instala definitivamente en él, la proclama de romper lo temporal para que aparezcan novedades genuinas, todo ello lo encontramos presente en esta época. El hombre se sale de la repetición mecánica del tiempo y por eso no puede ser esclavo suyo: la ficción forma parte de la realidad humana tanto como aquel otro ámbito al que llamamos ingenuamente realidad. Ante eso caen entidades tan asentadas en la tradición como el yo y el principio de causalidad: «sólo en el instante cabe sondear la presencia de lo eterno, mediante un acto de intuición estética apartado de la historia, cuya plasmación requiere vehículos expresivos fundamentales y exentos, en especial, la *metáfora*» (pág. 93). Pero si bien se piensa, y eso se nota en Borges, en los años posteriores al ultraísmo se asoma la desesperación y la melancolía que son fruto de la despersonalización y la nada en las que caen los postulados filosóficos del primer Borges. Pero él sigue tras el Dios de los teólogos, la Cosa en sí de Kant y la voluntad de Schopenhauer aunque arriesgándose a que tras ellas no haya nada. Pero habría que preguntarse: ¿de dónde el empeño de la nada por parecer algo?, ¿por qué no se esfuma definitivamente o acaba cristalizando en algo consistente? Algo tiene el yo que se resiste a evaporarse y es que el alma, a ello ayuda la literatura, tiende a entrar en perpetua comunión con los otros, todos somos partícipes de las mismas experiencias.

En 1926 la renuncia a lo distante, a Dios y a la sustancia, le hace refugiarse en lo inmediato, en la afirmación del arrabal y de lo criollo. En esta ocasión aquello que da unidad a los instantes y nos habla de cierta consistencia es el fantasma de la memoria, y es que la memoria también recoge lo irreal y hace que también seamos tejidos por los sueños, sueños de todos, sueños de humanidad y no sólo de un yo que por solitario está irredento. Esta comunión con los otros es también capaz de evitar la victoria última de una muerte que para Borges también se ve como una liberación. Esos presupuestos fraguados en su juventud van a permanecer fieles en la, mal que le pese, personalidad literaria consistente del Borges maduro.

El capítulo quinto se titula «El antihumanismo de un humanista» (pág. 115-133). Se establece esa paradoja puesto que Borges aparece como un personaje abierto por formación a todo lo humano y, sin embargo, no hay escritor en el que se impugne más la idea de hombre. Para resolver la paradoja el capítulo pasa revista a diversas instancias

configuradoras de la identidad humana. En primer lugar el cuerpo como lugar de residencia propia y mortal de lo humano, después la memoria como una manera de deformar la realidad a través de una reduplicación que la va alterando cada vez más y que es porosa al olvido. Pero ese segundo caso es más complejo puesto que es en la endeble memoria donde Borges basa la mismidad del hombre, una mismidad que recoge una ontología de mínimos que hace que debido a su limitación el hombre tenga que desplegarse en el tiempo. Podría decirse que la conciencia es un punto de apoyo más fuerte que la memoria para sostener la sustancia humana, pero ¿es acaso algo más que reflexión y, por lo tanto, es algo más que vaciedad? Por su parte, la imaginación se vuelca en exceso hacia la exterioridad, aunque su capacidad para componer objetos sea aquello que posibilita que el hombre abandone su cerrada identidad. Y esto nos hace pensar: ¿busca Borges una afirmación de lo humano o más bien su superación en una especie de ser diferente? Para ello Borges utiliza el término «inteligencia». Término con el que pretende superar lo personal y lo individual y que, por lo tanto, es una facultad desinteresada que obtiene un grado superior de saber. Pero, ¿es un tipo de conocimiento que permite cierta identidad y, también, cierta responsabilidad? Parece que no y, es más, no queda nada claro qué se entiende por esa facultad superior que nos hace ver todo desde un supuesto sentido colectivo de eternidad. Borges, como antihumanista, vacía al hombre de contenido; como humanista pretende alcanzar la comunidad y lo eterno que brilla en el hombre. Ahora bien, como concluye Arana, quizás no merezca la pena luchar ni comprender lo eterno de una humanidad que por carecer de intereses y particularidades está disuelta en la nada.

En el último capítulo («La eternidad de lo efímero», págs. 135-155), que es el que da título al libro y en gran medida lo culmina y resume, continúan las paradojas. Vienen propiciadas por el deseo de Borges de superar las limitaciones espacio-temporales del ser humano. El problema es que Borges quiere hacerlo fuera de los caminos habituales de supervivencia personal tras la muerte o de la poco consoladora continuidad del nombre y del recuerdo en aquellos que de alguna forma nos conocieron. Borges busca una eternidad que esté entreverada con la existencia terrena. No afirma una eternidad trascendente sino inmanente que pasa por la totalización del tiempo. Como dice Arana: «la eternidad es quizá el único concepto que se salva del nihilismo al que tiende Borges por su idealismo sin *yo* y por su concepción onírica de la realidad» (pág. 138). Pero la coherencia de esta propuesta tiene que ser mostrada y por eso Arana pasa a investigar las raíces de la temporalidad humana. Tras considerar y rechazar el pasado y el futuro como candidatos posibles a lo eterno, Borges se centra en el instante y en el transcurrir mismo. Pero el instante es quizás demasiado efímero aunque sea su reincidencia continua la que da pie a la idea de eterno retorno. Eternidad próxima es esa puesto que es la afirmación eterna del tiempo en el que estamos instalados. Pero Borges no quiere instalarse en el tiempo y mucho menos eternamente, quiere salvarse de él. Y es que sentirse desterrado en el tiempo nos muestra que en algún sentido somos eternidad. Lo que perdura en el tiempo, que es el perpetuo verdugo, es lo que no le pertenece, de tal forma que en el tiempo se produce —al considerar lo que dura— la mezcla de ambos. Es en la ficción, en lo onírico, donde se produce el mayor de los desapegos del tiempo porque lo irreal no se enfrenta a él con mentiras como son la solidez y la consistencia.

Borges describe tres tipos de eternidad inmanente. En primer lugar la eternidad del arquetipo y de las cosas materiales por las que, podríamos decir, no pasa el tiempo. El número cinco está, en este sentido, cuajado de eternidad ya que sin duda su concepto durará para siempre incluso si no hay nadie que lo piense. En segundo lugar tenemos la eternidad que Borges llama del instante y que tiene como ejemplo a los animales: al no poseer consciencia están siempre en un eterno presente, en un instante continuo y no aprehenden ni el hoy ni el mañana, no se percatan ni de que alguna vez nacieron ni mucho menos de la muerte. En tercer lugar está la que se denomina propiamente eternidad de lo efímero y que le corresponde al hombre que es consciente del paso del tiempo y que tiene que hallar su eternidad superando de alguna forma la sucesión «privada» de los instantes. El hecho de que el hombre sea consciente del tiempo lo aleja de él y le da distancia sobre él. El hombre no puede aspirar a la eternidad del arquetipo, tampoco a la de aquellos, como los animales, que por no tener conciencia viven en el eterno presente, tiene que labrarse una eternidad a su imagen y semejanza. Pero esa eternidad del hombre no es la del individuo que se afirma diferenciándose sino la de la conciencia de la fusión según la cual cualquier actividad humana es una actividad que a todos nos corresponde. Según Borges, y expresamos su idea por la pluma de Arana, «si supiésemos atenernos a lo esencial de cada experiencia, ya no sería *nuestra*, ni siquiera seríamos nosotros de ella: seríamos *la experiencia*, seríamos eternos» (pág. 153). Volveremos más adelante a esta comunidad de experiencias en la que coincidimos los hombres y a la que Borges presenta como una de las formas de eternidad humana, quizás la más satisfactoria dentro de sus formas posibles.

Una vez visto el contenido del libro, lo que a mí me gustaría preguntarme es si las soluciones que Borges aporta a las diferentes cuestiones que trata la obra que comentamos son realmente tales, en especial las del compromiso del escritor y de la eternidad del hombre, o son sólo argucias literarias bien construidas —mundos paralelos de ficción— que lo que hacen es ocultar y, como mucho, dilatar el planteamiento crudo de la cuestión misma. Soy consciente de que la misma postura que sostengo es problemática porque para Borges el mundo real y el mundo de la literatura forman parte de un mismo universo y son, en resumen, la cuestión misma. Pero de alguna forma tenemos que afrontar la temática y creo, desde mi punto de vista y aunque se me considere como un objetivista y un naturalista, que espontáneamente surgen las diferencias entre la literatura y la realidad: el dolor de un personaje de ficción no duele y es paralelo al fuego pensado que, a diferencia del real, no quema; el personaje no sufre la agonía de la muerte más que en la mente del lector, no sufre con el dolor del aquí y ahora que hace resquebrajarse la carne y pronunciar un grito espantoso. Sé que hay argumentos que critican mi posición y, por ejemplo, sé que puede decirse que el grito del personaje del cuadro de Munch es más real que cualquier grito que yo mismo o cualquiera pueda dar en toda mi vida y que la agonía de Ivan Illich o la muerte de Don Quijote son más agonía y más muerte que la que podamos padecer nosotros, los sujetos «empíricos», porque son universales y válidas en cualquier espacio y tiempo. Conozco los argumentos, pero ellos también ratifican que entre ambos mundos hay diferencias y que debemos separar el mundo real —quizás más pobre y pequeño— del mundo de la ficción literaria. Y ahora quiero referirme a nuestro

mundo pequeño y al hombre pequeño, a los que tienen problemas particulares que quizás no interesen a nadie pero que son los que tejen nuestra existencia casi por completo. El mundo literario puede verse tan real o más real que el nuestro propio (con el que, por cierto, tiene muchos enlaces), pero creo que nadie podrá criticarme porque opte por considerar sobre todo mi mundo real y los problemas particulares que a tantos nos afectan y que la literatura no puede ayudarnos a solventar. Por eso, ahora, voy a hacer –desde ese punto de vista– unos breves comentarios sobre algunos de los capítulos con la intención de favorecer el diálogo entre el lector y la obra de Arana.

En primer lugar quisiera hacer una reflexión sobre la misión de la literatura en el seno de la comunidad política. Parece claro que los dos extremos de los que creo que debemos huir –y de los que Borges, con claridad, pretendió escapar y en ello se ve su compromiso como escritor– son el puro esteticismo y, por otro lado, de políticas como las de tipo soviético que condujeron al realismo social ruso. Me parece –concretando mi posición– que si el escritor se aleja de los problemas particulares de su tiempo lo único que puede ofrecer es, concretando en la filosofía como género literario, generalización vacía. Al mismo tiempo si se convierte en mero medio para un fin social, si desaparece su autonomía para la elección de tema y para elegir la forma en que expresarlo, pierde su carácter de momento absoluto del espíritu. Por ello, para escapar de ambos extremos aún a riesgo de plantear una solución insatisfactoria, cabe considerar que es una constante histórica que las grandes obras han sido soluciones más o menos acertadas a problemas presentes en las sociedades en las que nacieron, problemas «eternos» del ser humano pero modulados culturalmente: véase el Quijote o las tragedias de Shakespeare que critican instituciones o visiones de las relaciones humanas consagradas por las instituciones de su tiempo. Eso está presente en la crítica mordaz a los libros de caballería, en el amor y la visión del matrimonio en la que la mujer es propiedad del hombre tal y como se aprecia en *Otelo*, en el amor y la misión de la familia como realizadora de alianzas a través del matrimonio como aparece en *Romeo y Julieta*, etc. Y eso por no poner como ejemplo a Dante, Boccaccio, Lope, Quevedo, Dostoievski, Tolstoi y a tantos otros genios de la literatura universal en los que esa afirmación aparece como inmediatamente evidente. Con ello lo que pretendo decir no es que la literatura no busque lo universal de una supuesta naturaleza humana, lo que sostengo es que difícilmente podrá obtener sentimientos universales y conseguir una aproximación a esa naturaleza (si es que acaso existe) si desprecia las situaciones de su propia época y si no modela culturalmente sus propias apreciaciones. Diciéndolo de otra forma: no es que la literatura no busque soluciones a problemas, lo que le da universalidad es el enfrentarse a los problemas importantes de su situación histórica y será la historia la que decida si esa aportación era meramente coyuntural o si tiene vigencia para convertirse en clásico, es decir, haber tratado un problema universal en el espacio y en el tiempo. Quien desprecia los problemas de su época en busca de una pretendida universalidad, lo más seguro es que se condenará al olvido. Son las generaciones posteriores las que al darse cuenta de la importancia de la solución a un problema temporal las que convierten en clásica una narración, un análisis o una síntesis de resultados.

La idea que sostengo es que la literatura debe ser aliada del cambio histórico propugnando soluciones a los problemas de cada época de tal manera que solucionándolos u ofreciendo una visión alternativa dé paso a tiempos nuevos caracterizados por problemas nuevos a los que con su actitud habrá ayudado a conformar. Posiblemente las épocas históricas—al menos desde el punto de vista de la filosofía como género— se caracterizan por estar formadas por conjuntos diferentes de problemas que solucionar o al menos que reelaborar de acuerdo con las aspiraciones de ganancia en libertad que tienen los seres humanos. Por eso hay que decir que la literatura debe estar comprometida con el dolor humano, que no es un simple reducto de cielo o de infierno irreal y que no tenga otra finalidad más que ella misma. Eso no quiere decir que la literatura sea prioritariamente preocupación social ya que también se empeña en construir buenas historias posibles. Pero esas historias deben ser cercanas y como tales hablarle a los hombres concretos. La literatura, esa es mi idea, si quiere ser tal y perdurar ante el juicio de la historia debe hablarle al hombre concreto y ofrecerle respuestas, debe posibilitar que se sienta y que realmente sea protagonista de la historia. La literatura es algo más que una ocupación de desocupados, una actividad de clases ociosas que se afanan por salir de su aburrimiento ofreciendo a otros que tampoco tienen nada que hacer una escapatoria a su desesperación. La literatura es algo más que contar historias de viajes para calmar los apetitos de los que nunca han ido a ninguna parte o calmar el ansia de virilidad de los que nunca han combatido con piratas o nunca han cazado un tigre de Bengala. La literatura es algo más que satisfacción imaginativa de las frustraciones porque, entonces, tendría la misma naturaleza que una raya de cocaína y no se sabría, entonces, cuál de las dos es más dañina porque su finalidad quedaría reducida a crear un mundo lleno de locos quijotescos que además sólo en su mente serían capaces de deshacer entuertos. Esa labor de la literatura de ofrecer experiencias imaginadas me parece no sólo posible, también me parece lícita, pero no creo que sea su función primordial.

La literatura, aunque sea a través de la metáfora y la imagen, debe enfrentarse a los problemas del hombre y considerarlos ofreciendo un tratamiento que permita soluciones al sufrimiento. Con esta visión estoy dando una perspectiva cultural—desde mi cultura, desde una cultura que está luchando por dar cabida a todas las demás— de la función de la literatura en una época en la que como nunca antes hemos sido conscientes del dolor humano porque nunca, tanto como hasta ahora, hemos tenido conciencia de humanidad. Ahora, por nuestros propios presupuestos ideológicos ilustrados, somos conscientes del dolor de la especie humana. No sólo de un pueblo o de un miembro de nuestra familia o tribu, somos conscientes de nuestra condición de humanos y como nunca ha adquirido verdad la máxima de Terencio de que «nada de lo humano me es ajeno». Y el sufrimiento humano es tal, hasta tal punto llega nuestra conciencia de él, que aunque no podemos como individuos ni como pueblos aislados convertirnos en redentores ni salvadores de la humanidad sin embargo está injustificado que no intentemos paliar en algo ese dolor según las capacidades que cada uno posea. Y la literatura también es responsable de la humanidad porque también ella ha ayudado a crear los sistemas, los héroes y las ideas que han fraguado los sistemas sociales tal y como ahora se presentan.

Sería injusto que ahora pretendiera escabullirse de su responsabilidad y se creara un mundo fuera de este mundo en el que pudieran habitar sólo unos pocos privilegiados.

Ahora bien, si bien sostengo esa idea, no creo que nadie tenga el poder para decirle a cada escritor cómo contribuir a calmar el dolor de la humanidad. Cómo lo puede hacer cada corriente estética, cada historia, cada teoría, queda a la autonomía del literato. A veces una pura historia de ficción ayuda a descansar y a reponer fuerzas, una teoría abstracta ayuda a dar sentido al mundo, una vanguardia a configurarlo desde un nuevo punto de vista. Y todo ello contribuye más o menos directamente a paliar la situación problemática del ser humano. Es así como entiendo el compromiso con la literatura: la entiendo como literatura impura, contaminada, mientras más mejor, de los problemas de las épocas históricas, como buscadora de soluciones a los problemas presentes y como configuradora de los problemas del futuro. Veo una literatura universal y eterna por haber sabido empaparse de circunstancias y cuyas soluciones otros tiempos se han de encargar de juzgar si sirven para algo más que para parchear una situación pasajera. Y de lo que no estoy seguro es que esa función social inmediata y configuradora de épocas nuevas esté presente en Borges porque creo que para ello la propia literatura debe querer dejar de ser un mundo aparte y debe querer imbuirse de tiempo. Me limito a proponer el problema, que para mí no está claro, de si con la postura de Borges no se está propiciando inconscientemente un ligero esteticismo y su pretensión de salirse del tiempo no supone en la teoría un escapismo de lo real: es cada tiempo y no la eternidad la que debe juzgar en cada generación el éxito o fracaso de cada propuesta; desde mi punto de vista creo que el adjetivo de clásico nunca está absolutamente otorgado y que ese nombre es concedido desde dentro del tiempo por cada lector que coge entre sus manos un libro. No creo que buscar la eternidad sea una buena táctica para perdurar y creo que esa actitud tiene más de negativo que de positivo.

Y eso nos lleva al problema de la eternidad, aunque quiero ceñirme a lo que de él se trata en el libro de Arana, porque a mí me parece difícil, de entrada, comprender la «eternidad de lo efímero» que presenta Borges como aquella que es la única cabal que le corresponde al hombre. Sin duda debe ser por enfrentarme a un planteamiento original y novedoso. Comprendo la eternidad del arquetipo y la eternidad del instante a la que están condenados, sí, condenados, los animales. Comprendo, voy a rodear la cuestión para intentar asimilarla, que hay instantes a los que pueden atribuírseles una gran intensidad, vivencias que valen por muchos años de experiencias mediocres; también comprendo que el hombre tenga que hallar su felicidad en las pequeñas cosas y goces que se le ofrecen cada día. Pero la palabra eternidad tiene connotaciones culturales que la hacen demasiado importante en la historia de occidente como para rebajar su grandeza y reducirla al ámbito —pienso yo, retóricamente, antes de comprender la posición de Borges— de lo efímero. El instante, por muy intenso que sea, pasa y deja tras de sí otro instante que puede, y necesariamente debe ocurrir así, rebajar el nivel de trascendencia de una experiencia anterior. Por eso hay mucha gente, sobre todo al final de la vida, que viven de recuerdos. O también se orienta el instante presente a una pretendida culminación futura que —si bien el pasado lo guardamos en la memoria— anticipamos con la imaginación. Y es que la vida está compuesta de instantes y es vano y una quimera

pretender pararse en alguno que tenga una especial relevancia al querer unirnos a la corriente de experiencias de lo humano.

Lo que sí veo en Borges, y voy ahora a la esencia de su planteamiento, y con ello sí estoy de acuerdo y creo que es lo original que tiene que aportar a la cuestión de la eternidad y eso es en lo que Arana insiste, es la pretensión de que el tiempo, el instante, deje de ser un acontecimiento privado y mi experiencia del tiempo pase a ser algo que los hombres podamos poner en común. Hay experiencias, sentimientos, vivencias que son universales: todos tenemos un primer beso y una primera muerte que alguna vez nos llegó de manos de los otros. Y esa coincidencia hace que salgamos de nuestro mundo de seres solitarios. Y hay que reconocer que en esa tarea de conversión del tiempo privado en público la literatura desarrolla una labor importantísima: contactar con la experiencia de todos, hacer del tiempo algo «nuestro» alejado de lo «sólo mío», de tal manera que podamos decir que mis versos podría haberlos escrito cualquier otro hombre, que son patrimonio de la humanidad. Eso es un intento loable por buscar lo que todos compartimos, lo plural de nuestra especie. La eternidad es salirse del tiempo particular y convertirse en compañeros de «cualquier» vivencia humana.

Estoy plenamente de acuerdo con la idea borgiana de eternidad de lo efímero como el intento de hallar lo común de las experiencias humanas. Pero esto no significa, y con ello me refiero ahora al segundo capítulo del libro de Arana, que la literatura consiga esa eternidad fundando historias desencarnadas de tiempo y cultura, que uno quiera fundar una época fuera de todas las épocas. Me parece muy loable el propósito de Borges de salirse de toda época y de que no quiera que se le encuadre en época alguna, pero —paradojas del destino— él ha pasado a la historia de los que han hallado la corriente de las vivencias humanas como un criollo bonaerense del siglo XX que en sus historias trata temáticas propias de su tiempo. Martín Fierro también es eterno y es inseparable del caballo y las boleadoras, Hamlet es eterno y es inseparable de las costumbres de su Dinamarca natal y de los duelos a espada. En otro sentido se consigue la eternidad literaria, se funda en el descubrimiento del arquetipo humano y es encarnación de una idea moral y de una actitud que se presenta siempre más que un ser desarraigado de cualquier tiempo y lugar.

Aún digo más, compartiendo la idea borgiana de eternidad de lo efímero como parte necesaria de la experiencia humana y considerándola como un hallazgo valioso, niego que sea suficiente eternidad para el ser humano y que las ansias de eternidad del hombre se satisfagan uniéndolo a la corriente de las experiencias humanas: el «panteísmo» que presenta Borges no calma en absoluto mis deseos de supervivencia ya que son deseos de vida personal, son ansias de eternidad trascendente. La única eternidad que puede calmar al hombre es la eternidad de la supervivencia para siempre de su individualidad y lo demás no es más que un simple conformarse con lo que el hombre pueda conseguir de tejas para abajo. La eternidad de lo efímero es válida como eternidad inmanente, como consuelo ante la historia que nos sobrepasa, incluso como el intelecto agente de Averroes que es inmortal pero no individual. Pero la eternidad de lo efímero arrasa los nombres concretos y los convierte en una masa anónima. Comprendo que en su existencia temporal al hombre sólo le queda aceptar el inflexible fluir del tiempo ya sea solitario o compartido.

La eternidad inmanente de lo efímero nos da sensaciones de plenitud, incluso de sentido de vivencia universal, pero nuestra vida termina. También termina la eternidad temporal trascendente de tejas para abajo que espera mantenerse en la memoria de otros a través de las hazañas propias —como héroe, sabio o santo— o a través de las acciones de los personajes que el literato ha creado. También se puede esperar conseguir la eternidad que trasciende los instantes manteniendo, como esperanza o melancolía, un momento feliz que se tuvo o un momento feliz que se espera. Pero el tiempo vence al final. Y posiblemente la felicidad que se puede conseguir con esas eternidades —felicidad, que tanto tiene que ver con la idea humana de lo eterno— sea más una actitud de trato con el tiempo que un instante concreto que gozar o que recordar. Pero insisto, el tiempo vence a lo individual y también sojuzga a la historia y al espíritu humano en tanto que sólo son parte del tiempo y a ese instante eterno de plenitud le sucede otro que convierte la pretendida eternidad en una quimera, en un simple deseo y en una mera ensoñación, en un darse cuenta de que la eternidad de lo efímero no nos soluciona nuestras ansias más escondidas, no calma nuestra angustia ante la idea de que tenemos que dejar —en un *fluir* perpetuo— paso a otros que también sucumbirán. Por eso comprendo que todo el que defiende cualquier tipo de eternidad de la inmanencia o de eternidad trascendente que niegue la inmortalidad individual esté fuertemente tentado a asumir el nihilismo como filosofía propia.

Claro que aún encuentro otra posibilidad de eternidad que se sale del instante y nos instala en la esperanza, pero no tiene que ver con el tiempo inmanente sino con los aspectos múltiples que contiene la trascendencia. Y esa posibilidad es negada por Borges. Ya he hablado sobre la posibilidad de entrar en la corriente de experiencias de la humanidad, es decir, de establecer una alteridad con la que compartir y en la que el otro o lo humano en general sea una forma de redimir el lugar privilegiado pero frío del yo. Pero ahora quiero hablar de otra idea que ha funcionado en la historia de la metafísica de occidente y que, aunque Borges la rechace, creo que tiene que ver bastante con una forma de eternidad de lo aparentemente efímero que sí satisface los anhelos del individuo y da sentido y redención a una historia ya terminada: eliminar el tiempo de la experiencia de manera que se convierta en un instante al que no le sucede ningún otro. Hablo de simultaneidad y pienso en la definición de eternidad de Boecio: «posesión total y simultánea de una vida interminable». Sé que comprender esa frase es poco menos que imposible, casi tan difícil o más incluso que entender y asimilar la eternidad de lo efímero como una solución que nos satisfaga adecuadamente. Y es que parece contradictoria: una vida interminable y a la vez simultánea parece que no tiene sentido. Y sin embargo es una intuición formidable en la que un instante pleno no se ve sucedido por ningún otro. La visión que se ofrece desde esta perspectiva no es la eternidad como un tiempo interminable que nos toca vivir y en el que lo más probable —ya que es tan largo— sea que acabemos aburriéndonos; no es una sucesión infinita de puntos que implica un quehacer interminable. Es la posesión de un punto que se automantiene dominando su propia perfección o, si se quiere, una actividad reflexiva que sólo es propia de los espíritus y que ha sido enormemente trabajada por la teología y por la así llamada filosofía cristiana. Pero esa eternidad es una eternidad de lo trascendente de la que Borges no

habla e incluso rechaza y de la que, en consecuencia, no podemos detenernos a tratar con calma aunque, no me resisto a decirlo, me hubiera encantado tratar con Borges sobre ella en una larga y distendida tertulia ante una taza de café.

En toda mi presentación de su escrito no he podido recoger la riqueza de distinciones y sutilezas que Arana incluye en su libro y que le dan la altura intelectual a la que, por otra parte, nos tiene acostumbrados en su ya numerosa producción. En muchos momentos me he visto obligado a hacer simplificaciones por motivos de brevedad. Por eso recomendaría a todos los apasionados, o sólo interesados, por la literatura y la filosofía que acudan al libro directamente y se dispongan a aprender. Con mis comentarios, hechos tan sólo con el propósito de suscitar la discusión sobre temas que sin dudas son actuales por ser cuestiones de siempre, sólo espero haber motivado el interés por su lectura.

\* \* \*

Francisco Rodríguez Valls  
Departamento de Filosofía y Lógica  
Universidad de Sevilla